

Y aquí lo dejo, P. Domínguez, que repito puede hacer de esta, mi carta, lo que quiera.

Suyo en C. J.

TEODORO ANDRES MARCOS, PBRO.

* * *

Arenas de San Pedro (Avila), 30-IX-1950.

R. Sr. D. José María Galarraga.

Mi querido amigo y compañero en Cto.:

A ti me dirijo personalmente, para que al hacer esta pequeña crónica musical de nuestro viaje a Roma, vayamos recordando los incisos de aquel camino de gloria que emprendió animosa nuestra *Schola*, con el fin principal de enjugar, mediante el remanente líquido de nuestros conciertos, las 30.000 pesetas que, por llevarnos y traernos de Comillas a Barcelona, se embolsaron tres hermosos autobuses del Parque Militar Móvil de Palencia. Si lo conseguimos, no lo sé.

La jornada de gloria comenzó el día 13 por la noche. El cine de Comillas nos recibió en su escenario, preparado en graduación ascendente, y allí, al abrirse el telón, vimos a comilleses y veraneantes dispuestos a escuchar el primero de nuestros conciertos. El P. Prieto, compentrado con su *Schola*, nos hizo propinar un concierto soberano, en que alternaron la mística suavidad de Victoria con la gallardía de Palestina; la profundidad de Goicoechea con el dinamismo de Otaño; y campeó muy alto el polifacetismo del propio director, con la gracia de sus *Caprichos*, el dramatismo de sus *Responsorios* y la novedad sencilla en lo moderno de sus *Villarricos*. Saboreo y regusto de los últimos, que en el entusiasmo de aquel triunfo nos hacían abrazarnos cantándote a ti, personalmente con un pequeño trastueco...: "Gala rraga del Zagal".

De este concierto, lenguas de personajes ilustres de Barcelona dijeron maravillas; y nosotros mismos sentimos por él que se elevaba en la *Schola* aquella impresión de poder y euforia que nos llevó al día siguiente a Santander. Para que te rias del aciaguismo de los días 13.

El 14, a las cuatro, montados en tres autocares P. M. M. del Parque de Palencia, nos colocamos en unos momentos en Santander, para nuestra segunda actuación. Las Jóvenes de Acción Católica se nos habían adelantado, no a recibarnos ni

hacernos propaganda, sino a organizar un *Beneficio* que se nos llevó un buen porqué de oyentes, y fueron infructuosas las gestiones para que adelantaran o retrasaran su actuación.

Pero ánimo y arriba. El P. Prieto empuña la batuta, nos caldea, nos infunde su arte y lanzamos nuestro segundo concierto tan primoroso, con sus repeticiones arrancadas a fuerza de aplausos.

Después, el divorcio; porque tú te fuiste a los mullidos de una casona señorial, en tanto que yo con una brigadilla de simpáticos cómites me embarqué camino de Pedreña; viaje fantástico: la noche oscura; Santander centelleante sobre el agua; las ondas fosforescentes. Un largo camino de tierra, santificado por el rezo en voz alta del Santo Rosario. Luego, el asalto a la casa de Ejercicios, a las once y media de la noche; aquel arroz con alubias, que las monjitas nos tenían preparado ¡¡desde las ocho!! y aquellas tortillitas individuales, tan jugosas. Con ese refrigerio nos sentimos con bríos para escalar las montañitas de... natillas que nos sirvieron y resirvieron aquellas buenas Religiosas.

Y vino después una *pacomia*, en que los comensales soltaron la espita del gracejo con chistes. Por fin, tras examen y puntos, nos fuimos unos a dormir y otros... a no dejar dormir a los pobres PP. Misioneros, que allí se alojaban, sin que nosotros lo supiéramos (dicho sea para descargo de los *ruidosos*).

¿Y el día 15? Feliz día 15 en que, desparramados en aquellas arboledas de Laredo, comimos de campo en el mullido de la hierba. Corrimos la playa, subimos al malecón, nos mojamos en una ola rota en el muro, mientras el tipliyo Julián se reía a mandíbula batiente de nuestro susto; admiramos la basílica parroquial, y tiramos una serie de pseudofotos a los arrefices de las calles. Con pena dirigimos una última mirada al parar en lo alto de la carretera, y caminamos hacia Castro Urdiales, después de otra detención en una escotadura marina, para ver la danza de las olas. Tras de la cena, a cantar en Castro Urdiales nuestro tercer concierto. Siempre se aprende algo: Unos, por haber cenado, no salen de casa y no van al concierto; y nosotros, entre el lleno estomacal y la desilusión de las butacas semivacías, cantamos soñolientos y desanimados. Menos mal que por un esfuerzo de voluntad y el reparto de unas pastillas, nos levantamos todos en la tercera parte; y Director y dirigidos hacemos una maravilla del final que arranca aplausos de repetición. "A la mar", del P. Prieto, nos entona en bríos y entusiasmos siempre que se canta, y los solistas de esta

pieza, los de la Gallega de Almandoz y los Villancicos, llaman la atención y mueven las manos para el palmoteo.

Noche de ensueño que quita el sueño. A la una de la madrugada en Deusto, donde la caridad del P. Baeza nos acoge y nos guía a los aposentos de descanso, después de breve visita al Señor Sacramentado.

Jalón de ventura el día 16, ruta a San Sebastián. Una noticia grata nos sorprende: vamos a desviarnos en la carretera, para caer, pasado el mediodía, en... ¡¡Loyola!! Bien por nuestro P. Prieto, a quien nunca agradeceremos debidamente viaje tan maravilloso. Con los brazos abiertos y el comedor repleto de viandas nos recibe el P. Errandonea y los PP. y HH. de la casa. Damos fé de que nos colmaron de atenciones; de que nos hicieron gozar espiritualmente, mostrándonos las maravillas y secretos de aquella Basílica y Santa Casa. ¡Con qué entusiasmo y verdad entonamos allí el "Fundador, sois Ignacio y General..."

Rezumando estas impresiones, llegamos a San Sebastián y nos lanzamos a un concierto, obra exclusiva de la fe del P. Prieto, elaborado a Padrenuestros rezados a San Ignacio en Loyola; y hasta en el escenario para aquella actuación en que nos jugábamos unos miles de pesetas y el nombre de la Schola. Bendición a nuestro Santo Abuelo que nos sacó a flote: poco público, pero selectísimo. Autoridades eclesiásticas, Excmo. Sr. Nuncio y Excmo. Prelado; técnicos musicales y compositores: Guridi, Urteaga, Almandoz, etc. Salimos a flote, sin ahogarnos. Quedamos lo suficientemente bien, y los críticos supieron apreciar el arte de dirección del P. Prieto para sacar un expresivo concierto de unas voces ya apagadas por cansancio e injurias del viaje.

Y se acabó la música, por ahora, pero no las carreras. Día 17, de mañanita vemos el Igueldo con sus monas, su río misterioso, su laberinto, su montaña suiza, su osa Ursulana. Salimos para Zaragoza haciendo un alto en Pamplona, donde recorrimos las Plazas, la Catedral, la calle de los toros, entramos en el Seminario, tocamos su órgano eléctrico, vemos sus salones, sus claustros, su comedor, donde comimos.

De noche caemos en Zaragoza y, después de admirar el riquísimo tesoro de la Virgen del Pilar, ante la que hemos rezado, y cuya columna hemos besado, cenamos en el colegio de PP. S. J.; provistos los coches de gasolina, salimos en dirección a Montserrat; llegamos a la amanecida del 18, a punto de oír la Escolanía de los niños, celebrar la Santa Misa, escuchar el

Coro de los RR. PP., visitar toda la Basílica, subir al Camarín y besar la Santísima Virgen.

Última etapa y en Barcelona.

¿Música en el barco? No hablemos de las músicas privadas, de las veces que Iriondo y compadres al verme y abrazarme iban desgranando la cantinela: "Moreno tiene que ser...". *Post coenam*, una noche la Schola cantó ante el Conde y familia. A su alrededor recuerdo bien repantingados en el comedor de primera a Recaredo, Peñuela y compañeros de camarotes de lujo.

Y hétenos en Roma, donde en las diversas visitas de las Basílicas y en la Misa de Montserrat la Schola, carpeta bajo el brazo, fué desgranando Responsorios del P. Prieto: "Domine non sum dignus", de Victoria; "Pan divino", de Gerrero; "Jerusalem", de Goicoechea; todo *a capella*, menos aquel "Ave María", de Otaño, que en Santa María la Mayor yo acompañé en un armonium menor de edad. Allí, además, ante el Pesebre, entonamos todos el simpático "Adeste fideles", en vez de los cánticos de penitencia de otras visitas. Añade a esto los cuatro responsorios de Victoria, en el sentidísimo Víacrucis del Coliseo.

Ni más músicas hubo en Roma, porque ante el P. General no se desarrollaron las carpetas por falta de local, y en San Pedro, en el mismo altar de la confesión, donde el Santo Padre nos colocó por privilegio único, y donde no han cantado Scholas ni han pisado peregrinos fuera de nosotros, Caballeros de la fe de Pedro; allí, digo, aunque cantamos enroquetados, luciendo el P. Prieto mi flamante roquete de mangas largas, con vivos morados apenas nos oyeron las pocas docenas de personas que, no voceaban, aullaban, aclamaban, en aquel amasijo de manifestaciones de fe que escapaba a torrentes por bocas enronquecidas de tanto gritar.

Nuestra última actuación fué aquella desdicha del barco. Pero, ¿cómo cantar la Schola en serio, después de haber bromeado y entonado aquellos dulces picayos y sabrosos piripitines? Total que cantamos una *Cantiga*, que entonamos la segunda, que los tiples se salieron de tono, que es como subirse a la parra, que paramos, que se apearon, que encajaron y que sin más ruido ni alboroto que el que armanban en el ángulo culinario, se deslizó la *Cantiga* del Rey Sabio.

El colofón ya le recuerdas. Con ansias del concierto acordado en Zaragoza, Bajamos en Barcelona, subimos a las torres de la Sagrada Familia, comimos, montamos, llegamos a

Zaragoza y... ¡proh dolor! Cantan los muchachos en Galicia una murga que dice: "o cantamos, o rezamos, o nos dan el aguinaldo". Pero nosotros con eso de que los zaragozanos no arreglaron el concierto... "ni cantamos, ni cenamos, ni nos acostamos". Con eso salimos de Zaragoza punto menos que D. Quijote, aspeados y corridos, a reponer fuerzas en Tudela, desayunando en el Colegio.

De allí, solo ya, y sin ti, me fuí con el resto a Oña a comer, ver las truchas y visitar la Casa; y, luego, a subir y a bajar el Escudo a las diez de la noche del 26, entre lluvia torrencial que me dió ocasión de abrir, por fin, mi paraguas, dimos con nos en Comillas.

Guarda amigo estos recuerdos; recibe mis afectos; da gracias a Dios y al P. Prieto por tanto como gozamos y a mí, bajo pena de pecado, escíbeme una carta en Unión Fraternal. De lo contrario renegaré de ti.

Tuyo y de todos afmo, hermano,

JUAN ANTONIO MORENO.

* * *

Zamora, 7 octubre 1950.

Muy estimado P. Domínguez.—Comillas.

Voy a escribir para la Central mis efemérides de verano, es decir, un resumen de las cosas que recuerdo desde que estuve en Comillas a hacer los santos Ejercicios, de las cuales unas serán innstructivas, otras propias de cronista, otras de pasatiempo... y como la Central admite toda clase de géneros literarios y de narraciones, usted, P. Domínguez, cortará o utilizará de lo que digo lo que crea más oportuno.

De los días de Ejercicios en Comillas tengo gratos recuerdos propios del *tempus acceptable*, de que nos habla el apóstol y del que gratuitamente disponemos por la Providencia admirable del Señor. Casi todos los que asistimos a ellos éramos cuasi-condiscípulos, y todos, al oír las pláticas del Padre Encinas, nos parecía, a los veinte años de haber salido de Comillas, que era una continuación de días anteriores en las exposiciones de sus meditaciones; sin embargo, los que hacía ya tantos años que no nos habíamos vuelto a ver, nos admirábamos del cambio obrado en nosotros. Yo, ciertamente, vi a muchos ribeteados, los unos de morado, los otros de blanco... y entre éstos me hallo yo también, pues peino canas y me voy quedando calvo, por lo que el Sr. *Peñuela* me dijo con gracia: